

## Encuentro abierto. Homenaje a Ana Amado

por Fernanda Alarcón, Julia Kratje, Lucas Martinelli y Romina Smiraglia

Lo que para otros son desviaciones, para mí son los datos que determinan mi rumbo.  
Sobre los diferenciales de tiempo, que para otros perturban las “grandes líneas” de la  
investigación, levanto yo mi cálculo.  
Walter Benjamin, *Libro de los Pasajes*



Este breve homenaje no pretende, no podría, brindar un recorrido por la biografía de Ana, sino que desea ingresar en alguna de sus zonas, partir de algunos de sus rasgos, para recordarla desde nuestro lugar; una tarea para nada sencilla. Nos movemos por un camino repleto de bifurcaciones; su presencia nos une por medio de imágenes, palabras, películas, sonidos, gestos, y, así, nos permite iluminar algunas derivas de nuestro recorrido con ella.

Arrancar con una escena. ¿Cuál podría ser? ¿Cómo elegir sólo una? Ana reaparece en un caudal de situaciones de contornos que se difuminan: clases, reuniones, salidas, conversaciones telefónicas, anécdotas personales, discusiones, mails. Entre estos momentos, crecen madejas de vínculos mutantes, porque quizá lo que puede despuntar este texto sea un gesto: seguir a Ana, volver a transitar sus sugerencias, sus geniales propuestas, sus asociaciones tan creativas, sus enseñanzas, su alegría, su inmensa generosidad.

Cuando alguna de nosotras, o todas juntas, recordamos una visita a la casa de Ana, la evocación se vuelve gráfica: encontrarse con ella siempre implica seguir sus pasos, acoplarse a su ritmo especial. Tocamos el timbre y una bolsita baja con una piola desde el balcón. Abrimos la puerta, subimos la escalera y, al llegar al hall, bajo ese vitraux deslumbrante, nos avisa dónde dejarla. Suena su voz a lo lejos, que nos invita a pasar, nos cuenta en qué está, mientras la vamos buscando. A veces, muchas veces, Ana está hablando por teléfono o frente a la computadora, rodeada de papeles, torres de libros. Es raro llegar y que esté, sin otra cosa que hacer, esperándonos. Ana siempre está en movimiento, pensando, tramando, leyendo, mirando, charlando, discutiendo. Así es que, una vez que pasamos el umbral de su puerta, estamos dispuestas a seguirla por las diferentes bibliotecas, por el living, por los pasillos, hasta que, en algún momento –esto es una fija–, tendremos alguna conversación clave que, por lo general, sucede en torno a la cocina. ¿Para qué llegamos hasta ahí? Para buscar libros prestados, para hablar de las clases, para corregir la tesis, discutir algún escrito, planificar alguna reunión. Estar cerca, juntas. No importa cuál haya sido el primer objetivo de nuestra visita, antes de encararlo aparecerán muchas otras cuestiones, brillantes desvíos: buscar un artículo perdido entre los papeles acumulados, ordenar la dividiteca o reacomodar estanterías, revisar el reproductor multimedia, programar viajes a congresos y a festivales de cine, encontrar una camisa, comprar esa mermelada de naranja para la merienda. Actividades, tareas, aventuras preparatorias que van a constituir la llegada de eso que creemos que fuimos a buscar y está rondando, desde el inicio, desde que recibimos la llave.

Hablamos de seguir a Ana porque encontrarse con ella no implica decir algo de manera directa, sino estar constantemente descentradas o desplazadas, inquietas y curiosas. Su distracción, su apertura, sus ocurrencias destilan ganas de leer, ver, charlar, salir. Seguir a Ana es volverse permeable, entrar en

una zona de derivas hasta alcanzar un estado de irradiación: la idea, el tono justo, la figura.

Ana dirigió nuestras investigaciones sin darnos lecciones, abriendo cascadas, ventanas, desde una relación cercana a sus mundos que involucró el orden de lo íntimo, puesto que permitía que cada una no se dedicara solamente a la tesis, sino que también pudiéramos intercambiar opiniones, recomendarnos lecturas, películas, obras de teatro; sentirnos parte de una peculiar familia unida por lazos culturales, que es posiblemente una de las formas más amorosas de estar juntas. Archivista, bibliotecaria, pensadora desbordante, la atención filosa y flotante de Ana combina delicadeza, erudición y coquetería. Seguirla, moverse a su ritmo, equivale a entrenar una mirada de bordes móviles, una voracidad multifocal que nos impulsa a desplazarnos en zigzag. Porque esas velocidades intermitentes trazan rodeos, como si se tratara de una búsqueda por los laterales. Sus militancias políticas, el peronismo y el feminismo, su docencia, sus actividades editoriales y sus tareas en investigación se posicionaron, a un mismo tiempo, en el margen y el centro. En todos los casos, a igual distancia de las modas y los lugares comunes (por más que sea un lugar común decirlo), Ana avanza sin dejar de estar muy atenta y saber exactamente lo que está pasando.

Su obsesión por las figuras tal vez sea el mejor camino para terminar este homenaje con una forma suspensiva. La investigación a través de las figuras, la pregunta por las formas, por el movimiento de las imágenes del cine y su relación con la sociedad quizá sea una muestra de algo de todo lo que Ana sigue despertando en nosotras y en quienes leemos, pensamos, escuchamos, recordamos su cadencia tan singular. Las figuras van formando una maqueta, esa construcción imaginaria y real a la vez, que –como explica Roland Barthes– un novelista diseña antes de comenzar a escribir. Una figura es un

lugar habitable por la ficción, un escenario que precede a la novela y que afirma la potencia de la expresión cambiante y contradictoria.

“Dele, dele”, decía Ana antes de despedirnos. Su voz, el acento en sus palabras, su sentido del humor a contrapelo de la solemnidad que predomina en los ambientes académicos y su mirada implacable continúan resonando con los matices de una melodía que viene de otra parte, atravesada por la experiencia del exilio. “Dele, dele” era su manera de ofrecer un legado y brindar una confianza; la figura de un encuentro abierto.